

BRUJAS

Estamos en París. Iremos a Brugge este fin de semana. Si queremos viajar en ómnibus debemos averiguar en el Centro de informaciones y reservas que se encuentra en la plaza de la Madelaine porque aquél no viaja diariamente. De no coincidir los días, recurriremos al tren, que lo hace varias veces al día, todos los días. Tomémonos nuestro tiempo porque hay largas colas que demoran la obtención del pasaje que, por otro lado, no es barato; la clase “B” es suficientemente cómoda para un viaje de tres horas con transbordo en Bruxelles.

Brugge... Nada tiene que ver con brujas, sino con algo así como el muelle de desembarco de la época de las relaciones comerciales con los pueblos escandinavos. Es una bellísima cajita ordenada y limpia a rabiar. Se recorre caminando o en bicicleta.

Viajemos sólo con la mochila, así podremos comenzar a caminar desde nuestro arribo, de la estación hasta el hotel. Cualquiera sea el destino, solamente lo haremos en diez minutos por calles y veredas adoquinadas aptas para destartalar los carritos de las maletas.

A veces me gustaría entender el criterio de Tata Dios cuando creó el mundo y esta ocasión es una de ellas. ¡Tanta belleza junta! ¡Tanto buen gusto! Claro, pero también le adjudicó su gente tan cerrada y el lenguaje flamenco –mezcla de francés y holandés– tan duro. Hacen esfuerzos para comportarse como centro turístico pero se les nota que les cuesta.

Al llegar llueve finito, pero no importa porque en momentos parará y saldrá el sol con timidez, como pidiendo permiso, temeroso de que se lo nieguen.

La plaza del mercado puede ser un buen lugar de inicio del reconocimiento de la ciudad. Allí hay mucho bullicio quedo, mezclado con el tañir de las mil

campanas de las veintiuna iglesias que atienden los pedidos de dos mil habitantes estables y, también, de sus muchos visitantes.

Hieren el aire las “íes” que rematan las cúpulas de las iglesias y las veletas en los techos de las casas, todos a dos aguas y la mayoría pintados de rojo. Nos adentramos en las callejuelas angostas y medievales, vestidas con el rojo de sus flores y el verde de sus jardines, salpicadas de cafés, cafecitos y cervecerías, todos simpáticos. El silencio de la gente da idea de vacío; asombra escuchar una risa fuerte o una expresión altisonante. En sus terrazas techadas, protegidas del frío, la gente sorbe despacio su café, su cerveza o su chocolate, esperando que salga el sol que lo atempere.

Después de admirar el Palacio Provincial y el Edificio de Correos, asciendo al Atalaya, que forma un hermoso conjunto con el Edificio del Mercado Marítimo, a donde venían a descargar su mercancía los buques. Desde la altura descubro una completa vista panorámica de la ciudad y sus alrededores. Nuevamente abajo, visito la plaza del Burg, a dos minutos de recorrido.

Podremos optar o cambiar el recorrido recurriendo a los coches de paseo tirados por caballos, conducidos por personas que repiten en flamenco e inglés, y a veces en francés, la descripción del lugar. Debemos levantar el cierre del abrigo. A pesar de que estamos en el inicio del verano, un frío intenso y penetrante se agrega al gris del día.

Es imposible salir de Brugge sin dar una vuelta en *bateau* por sus canales. Nada nos habla más claro de la singularidad de esta ciudad, para la que Dios tomó prestados todos los colores y la luz de los pintores flamencos e impresionistas. Se respira olor a flores y verde, no huele a humedad como Venecia o París. Recorremos sus canales y nos extasiamos con sus edificios; los cristales de las ventanas se encuentran cerrados, abiertas las persianas, dobladas a los lados, corridos los visillos blancos bordados, tomados amorosamente a los costados como el cabello de las damas de pelo largo. Los contramarcos están pintados de blanco, cualquiera sea el color de los ventanales que caen al ras sobre la pared, libres de balcones. No hay mucho hierro en Brugge. Los cisnes, en su mayoría blancos, que juegan en el césped, denotan la cercanía del Lago del Amor, sitio obligado de visita para todo enamorado que se precie de tal.

Demasiado pronto llega la noche y Brugge es de sus dueños y mía. Los turistas, que acostumbran visitarla por el día, regresan a Bruselas, a París o se dirigen al próximo destino. Busco un bistró típico y al lado de la ventana, a la luz de la vela, me gratifico con la sopa de cebolla gratinada, a la que sólo debo agregarle pimienta, y como mejillones, incomparablemente bien preparados; acompañados por espárragos propios de esta época del año; no falta el vino, rico y apenas dulce. Escudriño un lugar donde degustar un *éclair de café* como postre.

Mañana cerraré el libro de cuentos de hadas y Brugge se quedará guardado en él. Camino hacia el hotel, flanqueada por las luces que iluminan el interior de tantos hogares... ¡Cuántas historias! ¡Cuántas novelas inéditas!... Me acuesto; duermo arropada con una sonrisa de plenitud que es casi involuntaria.

Mañana debo tener presente no olvidar comprar algún recuerdo propio de

la ciudad, porque Brugge comienza y termina en Brugge; sus bordados, sus brujas, sus cajitas, sus artesanías no se venden fuera de sus confines, ni aun en su estación de trenes.

Con tu colega, la linda y culta Salamanca, disfruta con orgullo tu designación como “Ciudad europea de la cultura 2002”, título con que las ha distinguido el Consejo de Ministros de la Cultura de la Unión Europea. Es un merecido homenaje a tu hermosa e incomparable identidad.

Nelly A. Taiana de Brandi



Paseando por los limpios canales que atraviesan la ciudad en todas sus direcciones



Disfrutando sus callecitas empinadas, adoquinadas al igual que sus aceras



Rodeada de ventanas floridas que iluminan las paredes blancas y los techos de pizarra a dos aguas